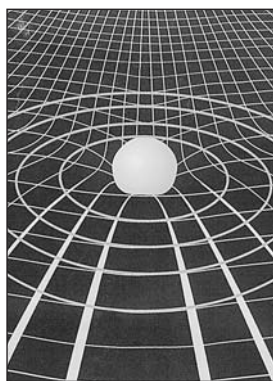


## GLOBALIZACIÓN SIN DIOS PROVIDENTE<sup>1</sup>

*Josep Martínez Bisbal*



El texto presentado fue originalmente una conferencia dentro de un ciclo dedicado al psicoanálisis. A partir de algunas tesis de Freud sobre la religión, se esboza tanto una reflexión sobre el proceso de “globalización” –acelerado en los últimos años–, como una comparación con Vico respecto al origen de la idea de Dios.

The text was originally an address delivered at a Meeting devoted to Psychoanalyse. Taking as starting point some Freud’s thesis on religion, both a reflection on the process of Globalization –so fastened in the last years– and a comparison with Vico as to the idea of God is tentatively sketched.

Sigmund Freud, en su escrito de 1927 *El porvenir de una ilusión*<sup>2</sup>, aboga por una humanidad futura sin Dios Providente. Ve inevitable el descrédito de las religiones en su pretensión de “verdad” como consecuencia del imparable desarrollo del espíritu científico: no podrán resistir, cree, a la razón y a la experiencia. Sabe, sin embargo, que la religión no es sólo una cuestión de verdad o falsedad, sino que cumple también tres misiones y, por ello, este descrédito, que viene de antiguo, sólo lo ve eficaz para desbancar a los dioses de dos de ellas: las de protección y consuelo del hombre ante su temor de los peligros de la naturaleza y ante la crueldad del destino humano, especialmente manifestado en la muerte. Este apartamiento de los dioses no elimina la sensación de desamparo, pero ante él la respuesta sólo puede ser la aceptación humilde del papel insignificante del ser humano en el universo. Sin embargo, observa Freud que la tercera misión, la de compensar el sufrimiento y las privaciones que impone la convivencia en el marco de la cultura, se convierte en el verdadero dominio de los dioses con la atribución de origen divino a las prescripciones culturales situándose así por encima de la sociedad, como si formasen parte de la naturaleza misma y del proceso cósmico. Aunque más difícil, también de aquí hay que desbancar a los dioses. Mejor dicho, al Dios, pues el objeto de su análisis es la religión del Dios Providente Único elaborada por el pueblo elegido tal como se le presenta en la “versión final de nuestra cultura blanca cristiana”. La religión es una ilusión de enorme poder compensatorio pero, al fijar el consuelo y la esperanza en un más allá, impide que el hombre tome conciencia de sus propias fuerzas y que, como un honrado labrador, se dedique a cultivar sus tierras, sus únicas posesiones reales, para mantenerse, es decir, impide que concentre sus esfuerzos en la vida terrenal y

en conseguir que la vida llegue a ser soportable para todos y que la cultura no oprima a nadie. La aportación psicoanalítica a este proceso de emancipación humana de la religión, inscrito ya en el movimiento ilustrado, estribaría en la explicación que ofrece de la génesis psicológica de la idea de Dios y que aboca en la consideración de la religión como la neurosis obsesiva humana general que procede, como la del niño, del complejo de Edipo, de la relación con el padre. Desde esta concepción el abandono de la ilusión religiosa debería de cumplirse “con la fatalidad inexorable de un proceso de crecimiento”, y al considerar Freud que la humanidad se encuentra ya a la mitad de ese proceso evolutivo, cree llegada la hora de proceder a retirar las reliquias neuróticas de la cultura, es decir, de retirar a las religiones de la motivación de las prescripciones culturales y de sustituir los resultados de la represión por los resultados de la labor mental racional. No ve otro camino para reconciliar al hombre con la cultura y aunque su cumplimiento aún puede estar lejos y el recorrido lleno de peligros, como los que pone en boca del interlocutor crítico que inventa para dialogar, la situación de la humanidad sería similar a la del niño que ha de abandonar el calor y el bienestar de la casa del padre para encararse con la vida y, superando el infantilismo, hacerse adulto. Es necesaria pues esta “educación hacia la realidad” para el progreso de la humanidad hacia su fase adulta: el Dios Providente ha de abandonarse como el niño ha de abandonar el refugio paterno. Freud, “psicólogo que no se engaña a sí mismo” sobre las dificultades de la empresa y que es consciente de las debilidades teóricas de su propio argumento, se declara sin embargo optimista y cree que la humanidad superará su fase neurótica. El nuevo dios *Logos* es menos poderoso que el Providente y el proceso de autoaprendizaje incierto, pero cuenta con un puntal firme donde anclar el optimismo: la tarea científica de descubrimiento de la realidad del mundo gracias a la cual podemos aumentar nuestro poder y según la cual debemos orientar nuestras vidas. La ciencia, concluye, no es una ilusión, mientras que sí sería una ilusión creer que podemos obtener de otros lugares lo que ella no puede darnos.

Desde 1927 la humanidad ha crecido en 73 años y el optimismo freudiano es difícilmente compatible. Y no tanto por la cantidad de tiempo transcurrido sin que se observe la madurez moral de la humanidad, pues no era ni es razonable esperar que una neurosis de miles de años pueda superarse en un breve lapso de tiempo histórico, cuanto por el particular desarrollo producido del espíritu científico en cuyo progreso se confiaba como instrumento de autoaprendizaje humano y como fundamentación última de las prescripciones culturales que lograría mitigar, sin ilusiones, lo que en su siguiente escrito Freud calificó como “el malestar en la cultura”. La hipertrofia de la derivación tecnológica de la ciencia (su “maléfica hija” en metáfora de Ernesto Sábato) en el contexto del capitalismo finalmente triunfante como modelo socio-económico va unida a la crisis de la propia racionalidad en el crucial intento de autofundamentarse y devenir razón normativa que caracteriza a la modernidad occidental. Sin duda desde 1927 ha llovido tanto que no es posible dar cuenta ni en resumen de toda el agua caída. Bastará citar Auschwitz, Hiroshima y Nagasaki, el mundo bipolar de la guerra fría, el abandono del colonialismo y el fracaso del proyecto comunista, por un lado y, por otro, el derrumbe del pensamiento metafísico, las duras acusaciones y críticas al proyecto ilustrado y el declive de las filosofías de la historia que éste generó, el rechazo de una racionalidad fuerte y la agudización de la fractura nunca cerrada entre universal y particular.

No parece fácil, y para mis capacidades es imposible, establecer un diagnóstico epocal, pero conviene resaltar las dificultades de articulación social de una racionalidad prácti-

ca, por decirlo en término kantiano, de cuya realización cabría esperar la mayor contribución para sustituir al Dios de su principal dominio. El título de un libro de reciente publicación entre nosotros es bien significativo. Se trata de una colección de artículos, casi todos de los años 80, de Axel Honnet, un heredero y renovador de la tradición de la teoría crítica, y su título es *Desintegració*<sup>3</sup> porque, según el autor, “desintegración” es la denominación más adecuada tanto para describir la situación actual de los intentos sociológicos de diagnóstico de la época, es decir, de la teoría social, como para describir la situación objetiva de la sociedad misma. En este inventario y crítica de los fragmentos de diagnóstico el análisis se centra en la sociedad occidental, en particular la europea, donde está en quiebra el papel del estado del bienestar, es decir, el modelo económico de inspiración keynesiana que asignaba al Estado el papel de padre benefactor, en cierto modo sustituto en la tierra del padre divino benevolente y protector. En el otro extremo del arco ideológico y teórico de Honnet, F. Fukuyama, defensor de que la única tarea histórica que queda es la extensión a la totalidad del mundo del modelo socio-económico liberal, es decir, analista apologeta de la globalización como fin de la historia, en su más reciente libro *La gran ruptura*<sup>4</sup>, se alarma también del proceso de destrucción de la cohesión social, de la ruptura de los lazos y valores comunitarios, precisamente en la sociedad de vanguardia portadora del modelo cultural a mundializar; pese a ello, Fukuyama no quiere ni oír hablar del Estado padre benefactor. La introducción del término “mundialización” o “globalización”, de lanzamiento tan reciente como fulminante, en la medida que hace explícita como proyecto la voluntad de dominio del nuevo capitalismo como nuevo “orden mundial”, obliga a alzar la mirada más allá de la sociedad occidental y contemplar la destrucción del resto de las estructuras sociales del planeta con su progresiva incorporación a la red económica y tecnológico-comunicativa que la lógica globalizadora, que viene de antiguo, implica e impone. La incorporación acelerada en los últimos diez años rinde el saldo de un aumento inocultable de la pobreza y de las desigualdades mundiales, por un lado, y por otro, de enormes concentraciones de poder financiero, industrial y mediático, de alcance mundial y escaso control democrático. Y para alzar la mirada más allá del género humano, a las dificultades de la cohesión social planetaria, cabe añadir las más que razonables dudas sobre la sostenibilidad ecológica del modelo y el riesgo constante de las armas de destrucción masiva.

No pretendo hacer una lectura catastrofista del estado del mundo, que ya las hay y mejor fundamentadas, sino mostrar en qué medida la magnitud del desamparo y sufrimiento producidos agranda las dificultades para sustituir al Dios Providente en su misión, en términos freudianos, de compensación ilusoria o neurosis colectiva que hace soportable el malestar cultural. El aspecto a considerar es que la profunda transformación cultural que encubre la llamada globalización, se presenta aparentemente desprovista de fundamentación religiosa, es más, con una fundamentación humana, muy humana, al partir del interés egoísta individual y de la excelencia y maravilla de la tecnología, orgulloso producto de la inteligencia y la laboriosidad humana. A la vez, sin embargo, se presenta con el carácter de inevitabilidad casi natural o cósmica que acompañaba a los antiguos planes divinos. Al no portar un Dios, su expansión se facilita porque, aparentemente, no pretende sustituir a los dioses locales ni a sus templos, sino ‘sólo’ las condiciones de vida de los creyentes. Sin Dios Providente, es obligado preguntarse cómo este modelo, si es que representa la madurez de la especie, puede compensar racionalmente el sufrimiento que produce porque, de nuevo en

términos del análisis freudiano, una cultura no puede mantenerse, ni lo merece, si no logra la satisfacción de sus miembros. No voy a intentar explorar la posible respuesta a la pregunta obligada porque sólo me interesa señalar que del posible fracaso en esta satisfacción o, mejor, de la agudización del sufrimiento y de su mayor visibilidad, se puede inferir y explicar el recrudecimiento del fundamentalismo religioso, sobre todo entre los globalizados, y el aumento de las neurosis individuales, sobre todo entre los globalizadores. Como también puede aumentar la rebeldía dirigida, directamente, al rechazo o destrucción de la cultura, o dirigida a la consecución de una ética y una justicia planetarias. Esta última posibilidad, la del progreso de la ética y la justicia, parece la única con cuyo logro se alcanzaría el consuelo racional coherente con la propuesta freudiana, capaz de sustituir al Dios de su último reducto y hacer soportable sin ilusiones el peso de la cultura sobre los instintos. En los otros casos, uno se imagina al interlocutor inventado por Freud que alza de nuevo su voz admonitoria: “Ya te lo advertí: sin religión la sociedad se destruye. No se puede abandonar la casa del Padre”. “La partida no está terminada”, podría contestar Freud, pero sería claramente un movimiento defensivo de retirada. La partida, ciertamente, no está terminada, pero algunas bazas que se juegan indican su rumbo. Freud quería sustituir los resultados de la represión por los resultados de la labor mental racional, pues bien, en este sentido no es una baza a su favor la decisión recientemente adoptada en Francia, cuna del racionalismo ateo y de la educación nacional, de autorizar la represión policial para resolver los problemas de violencia en los centros educativos. Como tampoco es una jugada a su favor que la gran propuesta educativa de los mandatarios europeos para encarar el futuro sea la introducción de Internet en todas las escuelas, confirmando así virtudes educadoras salvíficas a la nueva tecnología sin encarar el profundo reto de una nueva educación formadora de una nueva humanidad consciente de sus responsabilidades planetarias y regida por el deseo de limitar solidariamente el sufrimiento humano.

De esta sumaria y simple descripción quiero hacer dos comentarios. El primero es señalar que detrás de la aparente ausencia de fundamentación religiosa de la globalización se encuentra el impulso de los EEUU, país sobre el que ironiza Freud por creerse el país propio de Dios. La ironía habría que tomarla ahora en serio pues ese país bien puede representar la actual versión de la “cultura blanca cristiana”, y, en ese caso, al fundamentalismo cristiano que se encuentra al origen mismo de su cultura, uniría el ser el país rector del nuevo culto al libre mercado y a la tecnología. Puede creerse, si no se lo cree ya, el nuevo pueblo doblemente elegido. Reparar en ello nos puede llevar de nuevo a las raíces judeo-cristianas de ese impulso globalizador y a la sospecha de que en el fondo esconde al particular Dios Providente en cuya creencia nació la modernidad y cuya voluntad de dominio absoluto se manifestaría ahora bajo la máscara neutral de la eficacia económica y la racionalidad técnica. Puede que no sea marginal al asunto reparar también en el cómputo del tiempo que se globaliza. Con el cálculo del tiempo tramamos nuestras biografías, ordenamos la memoria colectiva y establecemos la coordinación de los intercambios humanos. Indudablemente se está globalizando el tiempo cristiano: “siglo XXI” o “tercer milenio”, como designaciones del tiempo futuro en el que se anuncia el cumplimiento de la mundialización, sólo tienen sentido en el tiempo que se inicia con el nacimiento del Dios cristiano, hijo del Dios Padre del Antiguo Testamento. Con el argumento de que el tiempo es de Dios y los hombres no pueden comprar ni vender lo que no es suyo, cuenta J. Le Goff que contestó negativamente

un lector general de la orden franciscana la cuestión que se le planteó, a principios del siglo XIV, sobre si era moralmente lícito cobrar intereses por los préstamos y deudas<sup>5</sup>. El “time is money” triunfante desmiente al franciscano, pero el tiempo que el comercio global extiende para sus transacciones es el de su Dios señor del tiempo.

El segundo comentario tiene que ver con la relación entre razón y religión que Freud establece y que parece depender, precisamente, del hecho de que su investigación de la génesis psicológica de la idea de Dios se basó en el análisis del Dios Providente del pueblo de Israel, del pueblo elegido. Elaborada sobre la analogía con la neurosis infantil que encara el temor al padre, sus funciones sociales sólo se ven como consuelo ilusorio y recompensa ficticia cuya no superación impide el crecimiento. La persistencia de la religión no sólo indicaría el fracaso de su sustitución por la razón, sino también un estado patológico de la humanidad que indicaría su fracaso en hacerse adulta. Desde esta perspectiva la religión no tiene recuperación posible en convivencia con la razón y sus reliquias neuróticas se buscan en el ámbito de la represión. Para replantearse la cuestión, en lugar de inventar un interlocutor, sería interesante sacar a diálogo al filósofo napolitano de la primera mitad del XVIII Giambattista Vico, no tanto por el hecho evidente de sostener las tesis contrarias a las de Freud, es decir, que sin Dios Providente no se mantiene una sociedad y que es posible y necesario conciliar razón y religión, tesis que otros muchos defendieron y defienden, sino porque su investigación también se dirigió con originalidad a encontrar los principios de la humanidad de las naciones y la génesis de la idea de Dios, y, a diferencia de Freud, no lo hizo sobre el modelo de Yahvéh sino sobre el modelo de Zeus/Júpiter. Vico investiga el origen de los dioses y el papel social de la religión en las naciones nacidas y llegadas a su esplendor al margen del pueblo hebreo y de su revelación del Dios verdadero. Son en particular la tradición mítica griega y la historia del pueblo romano las que le ofrecen la mayor parte de los materiales de su reconstrucción, por lo que encontramos aquí la atención a la otra gran raíz de la cultura occidental ajena a la religión del Libro. En realidad, Vico enlaza de forma peculiar las dos tradiciones, porque el inicio cuya comprensión apasiona al napolitano está en los tiempos oscuros y fabulosos en los que en la selva de la tierra erraban vagabundos unos *bestioni*, los salvajes gigantes sin lenguaje, ni religión ni ley, en que se habían convertido los descendientes de Sem, Cam y Jafet, precisamente los hijos de Noé expulsados de la casa y de la religión del padre de la segunda generación humana bíblica. De entre ellos presta especial atención a los *bestioni* descendientes de Jafet, origen genealógico de los pueblos de Europa. Y no fue el temor a la naturaleza ordinaria, en la que sobrevivían como el resto de los animales, la que despertó en ellos la idea de una divinidad, sino un hecho extraordinario, el fulgor del rayo y el retumbar del trueno que irrumpió de nuevo rasgando un silencio que había durado unos doscientos años desde el Diluvio universal. El rayo fulminante que, con su bramido, les obligó a alzar la mirada y contemplar el cielo, fue la ocasión de que naciera Júpiter, la primera metáfora y la primera fábula divina por la que algunos *bestioni* fantasearon un ser corporal superior poderoso y salieron así del estupor de la bestialidad. El terror inicial literalmente les “a-terró”, es decir, les fijó a una tierra concreta, y esta constrictión al sedentarismo, primero y con el nacimiento del “pudor” ante un Júpiter que podía observarles, les llevó a usar la libido a escondidas con una sola mujer raptada y tener así “hijos ciertos” y devenir padres, y, después, les llevó a enterrar a los muertos y a iniciar el culto a los antepasados. El “padre” es posterior al “dios” y no puede surgir sin él.

A la apertura del espacio simbólico que inaugura la metáfora divina, le sigue la apertura de la dimensión del futuro con el reconocimiento de continuidad en los hijos ciertos y la apertura de la dimensión del pasado con el reconocimiento de los antepasados enterrados que establecen el linaje de los “hijos de la tierra”. No puedo desarrollar aquí este complejo de los tres principios de la humanidad –Dios, matrimonio, sepultura– que son a la vez principios y límites porque, según Vico, la naturaleza de las cosas no es otra cosa que las condiciones de tiempo y modo de su nacimiento, por lo que como principios constitutivos originarios devienen también en la filosofía del napolitano los límites de la humanidad cuya transgresión conduce de nuevo a la barbarie. Sólo quiero señalar que el Júpiter fundante es el primer acto de la fantasía y su principal significado es el de alguien que con rayos y truenos envía avisos, consejos y órdenes que hay que interpretar. Es el “otro” inventado y a la vez creído con quien se inicia la palabra, la interpretación y el diálogo. La providencia, según Vico, es divina y es la arquitecta del mundo humano, pero “fue llamada ‘divinidad’ de ‘divinari’, ‘adivinar’ o entender lo desconocido a los hombres, que es el porvenir, o lo desconocido de los hombres, que es la conciencia”<sup>6</sup>. Divinidad viene de adivinar. Idolatría y adivinación nacen pues gemelas. Y en la interpretación, en los auspicios y augurios, se crea a la vez la religión, el lenguaje y la ley. El gran descubrimiento de su *Scienza nuova* que exhibe Vico con orgullo es que esta creación originaria es toda ella poética en su sentido propio de *poiesis*. La primera época divina en la que se fundan las naciones paganas, sin noticias del Dios hebreo que prohibió a su pueblo elegido la adivinación, es la época de la sabiduría poética, verdadera creación de mentes inmersas en los sentidos y de poderosa fantasía sin capacidad de abstracción. Los primeros fundadores de naciones-culturas fueron poetas por naturaleza, no usaron la metáfora como artificio sino que la metáfora fue la primera creación necesaria de la mente primitiva; y la primera metáfora divina, Júpiter, dio origen al mundo humano. Mucho después vinieron los filósofos. Desde la interpretación viquiana de los dioses paganos, la confrontación entre razón y religión es, también, confrontación entre razón y poesía. O, si se prefiere, entre razón y memoria de los orígenes.

## NOTAS

1. Este texto, con ligeras modificaciones, fue leído en la mesa redonda sobre “Globalización: identidad y diversidad” que se desarrolló en las Jornadas sobre *Respuestas psicoanalíticas a problemas de hoy* realizadas en València los días 1 y 2 de abril de 2000 y organizadas por el Col.legi de Clínica Psicoanalítica de València (Formacions Clíniques del Camp Lacanià. [N. del A.]

2. SIGMUND FREUD, *Escritos de crítica de la cultura*, Laia, Barcelona, 1984.

3. AXEL HONNET, *Desintegració. Fragments per a un diagnòstic de l'època*, Tandem, València, 1999.

4. FRANCIS FUKUYAMA, *La gran ruptura*, Ediciones B, Barcelona, 2000.

5. JACQUES LE GOFF, *Tiempo, trabajo y cultura en el occidente medieval*, Taurus, Madrid, 1983, p. 45.

6. *Sn*44, § 342.

\* \* \*